

viembre de 1552 (1). Por entonces acababa de hacer el P. Godinho, rector de nuestro Colegio, una de aquellas santas locuras, que por el buen efecto que tuvo, parece haber sido inspirada por Dios. Como entendiase que corrían en el pueblo malos rumores acerca de los disturbios ocurridos entre los Nuestros, y que además desedificaba cierto pleito que tenía nuestra casa contra otro monasterio, quiso dar pública satisfacción á las gentes, y reparar en cuanto fuese posible el escándalo que se hubiera dado. El día de la octava de Todos los Santos mandó á la comunidad, que se recogiese en la capilla para hacer oración y pedir perdón á Dios por las faltas cometidas. Mientras oraban todos allí reunidos, el P. Rector salió por las calles de Coimbra, disciplinándose y pidiendo perdón al pueblo por el escándalo que le había dado nuestra casa.

Cuando, vuelto al colegio, contó á la comunidad lo que había hecho, quisieron imitarle muchos. Ordenóse, pues, una devota procesión desde nuestra casa al templo de la Misericordia. Iba delante la cruz, y á su lado dos Hermanos que cantaban las letanías. Seguían sesenta y tantos de los Nuestros disciplinándose, y en pos de ellos se iba agolpando gran muchedumbre de gente, consternada de asombro ante aquel espectáculo. Cuando llegaron al templo de la Misericordia, el P. Godinho dirigió la palabra al pueblo, reconoció que se había dado en nuestro colegio materia de escándalo por la desobediencia de muchos, y pidió humildemente perdón por lo hecho, al mismo tiempo que encomendaba en las oraciones de los presentes el buen orden y la disciplina religiosa de nuestra casa. Excusado es advertir la profunda impresión y los santos afectos que esta acción heroica despertó en el piadoso pueblo (2).

Cinco días después llegaba, como dijimos, el P. Torres á Coimbra. No creyó oportuno detenerse por allí, sino que pasó luego á Lisboa para verse con el rey. Deseábalo vivamente el mismo Juan III, pues cada vez se iba convenciendo más de que faltaba allí una cabeza que pusiese orden en el laberinto de nuestros negocios (3). Habló el visitador largamente con el monarca, satisfízole plenamente

(1) Polanco, *Historia S. J.*, t. II, p. 715.

(2) Véanse las dos relaciones que tenemos de este hecho, una escrita por el mismo Godinho, y otra por el H. Melchor Cotta, en *Litterae quadrimestres*, t. II, pp. 51 y 56. Véase también en *Epistolae mixtae*, t. III, p. 50, la del P. Cámara, en que cuenta la buena impresión que este hecho produjo en el rey.

(3) Polanco, *Historia S. J.*, t. II, p. 715.

acerca de San Ignacio, refutando las mentiras que corrían entre el pueblo, y dióle á entender cuál era el verdadero remedio de aquellas turbaciones, las cuales habían nacido de no conformarse varios de nuestros religiosos con el espíritu de obediencia y humildad que debe animar á la Compañía.

Cuando tuvo al rey bien prevenido acerca de este asunto, empezó el P. Torres la visita de los Nuestros. En toda ella tuvo la prudente precaución de dar cuenta de todo á los reyes, permaneciendo siempre muy unido con ellos. Esta cautela le produjo la ventaja de alejar de las augustas personas á los salidos de la Compañía, los cuales, faltos del favor real, fueron perdiendo toda su fuerza (1).

En los meses de Noviembre y Diciembre de 1552, y á principios de 1553, se verificó la visita y el expurgo completo de la provincia de Portugal. Fué Torres examinando uno por uno á todos los sujetos, y á quien no recibía el yugo de la santa obediencia, despidió inflexiblemente de la Compañía. Terrible fué, en verdad, la crisis que atravesó la provincia de Portugal en este año 1552. El cáncer era profundo, y no pudo aplicarse el remedio sin cortar por lo vivo y derramar mucha sangre. Oigamos al mismo P. Torres en carta que escribió á San Ignacio mientras duraba la visita.

«Esta viña parece que estaba tan carcomida por de dentro, que al parecer muchas vides no tenían más que las hojas, pues queriéndolas enderezar y podar para que hiciesen fruto, no lo pudiendo sufrir, ó se salían, ó era menester echarlas fuera de la viña, para que no dañasen á las otras, y esto ha sido en tanto número, que de *trescientas diez y ocho* vides que se han plantado en ella después que comenzó, más de *ciento veintisiete* están fuera, los cuales no poco daño han hecho y hacen á los de dentro, pues nunca faltan tentados de muerte en ella, y ándanse por esta Lisboa con muy poco escrúpulo de sus votos, y hemos entendido que tienen todos dispensación del nuncio. Vea V. P. cómo se podrá proveer en esto, porque es recio caso, que entren á hacerse letrados á costa del colegio, y que después, con diez ó doce ducados que dan por la dispensación, se vayan riendo del colegio y de la Compañía» (2).

17. En esta carta, escrita el 6 de Enero de 1553, tenemos dos datos

(1) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 157.

(2) Idem, *ibid.*, p. 25. Es de advertir lo que añade Polanco (*Historia S. J.*, t. III, p. 390), que preguntado el nuncio sobre esto, negó haber dado tales dispensaciones, y se mostraba afecto á la Compañía.

numéricos que nos sirven para conocer los trabajos padecidos por la Compañía en Portugal. Conviene, sin embargo, ajustar un poco más las cuentas, para concordar esos dos datos con otro que nos suministra medio año después el P. Mirón. Trescientos diez y ocho eran los admitidos en la Compañía de Portugal. De éstos, habían muerto unos pocos, algunos habían salido de la religión, unos veinte habían sido enviados á las Indias orientales, provincia aparte, formada principalmente con portugueses. La recién fundada provincia del Brasil se había llevado también de Portugal varios sujetos, de suerte que en el año 1552 la provincia de Portugal debía contar cuando más unos doscientos cincuenta ó sesenta individuos. Como después del 6 de Enero de 1553, en que escribía el P. Torres, perdieron todavía la vocación algunos pocos (y por eso el P. Polanco (1) fija en *ciento treinta* el número de los salidos), resulta, en conclusión, que salió de la Compañía por lo menos la mitad de la provincia de Portugal. Además, como en la primavera de 1553 se enviaron expediciones á las Indias y al Brasil, llegado el mes de Julio quedó la provincia de Portugal reducida á *ciento cinco* sujetos. Este es el dato que nos suministra el P. Mirón en su carta á San Ignacio, escrita el 17 de Julio. «En esta provincia de Portugal, al presente habrá ciento cinco Hermanos á obediencia de la Compañía» (2).

Estos datos numéricos, verdaderamente espantosos, nos dan idea cabal de aquella crisis, que tuvo el aspecto de una verdadera catástrofe, pero era una catástrofe indispensable, como juzgaba el P. Cámara, para que, derribado lo mal construído, se volviese á fundar la Compañía en el espíritu de humildad, de pobreza y abnegación á que Dios la había llamado por medio de San Ignacio (3). Al considerar

(1) *Historia S. J.*, t. III, p. 390.

(2) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 397. Pudiera creerse, tomando esa palabra *Hermanos* en el sentido que tiene en nuestro lenguaje actual, que se trataba solamente de los individuos no sacerdotes; pero esta creencia la deshace el P. Polanco, quien entendió ese número de todos los sujetos de la provincia. Véase su *Historia*, t. III, p. 416, donde explica cómo estaban repartidos esos ciento cinco sujetos.

(3) Polanco, *Historia S. J.*, t. II, p. 715. No hay duda que el P. Cámara exageraba cuando escribía en 1553 al P. Polanco estas palabras: «Ahora empieza la Compañía en esta tierra.» (*Epistolae mixtae*, t. III, p. 51); pero también es cierto que la visita del P. Torres fué mirada por los Nuestros como una restauración y casi nueva fundación de la Compañía en Portugal. Un siglo después aun duraba esta idea, como se desprende del siguiente pasaje del P. Bartoli: «Il P. Maestro Ignazio soleva sospirare sopra una tal provincia, de' cui ognidi più felici avvenimenti què nostri che ne godevano, e gli altri che ne udivano, rallegravansi a ne rendevano grazie a Dio: egli

estos datos, nada nos admira lo que refiere Polanco de los rumores que corrían entre el vulgo. Decíase en Lisboa que la Compañía iba á deshacerse por completo en Portugal (1). Otras veces se dió el caso de que preguntasen algunas personas, quiénes eran los que constituían la Compañía de Jesús, si los que andaban sueltos por las calles, ó los que quedaban dentro de nuestras casas (2). ¡Qué no se diría entre el vulgo, cuánto no se murmuraría contra la Compañía, paseándose por las calles de Lisboa ciento treinta ex-jesuitas!

Entretanto, el P. Miguel de Torres continuaba sin descanso su obra restauradora. Al mismo tiempo que limpiaba de gente inútil la Compañía, procuraba ordenar la vida religiosa según el espíritu de nuestro instituto. Entre otras cosas, cuidó de remediar un mal de bastante consideración que empezaba á cundir entre los Nuestros. Corría la voz de que se enviaban á la India los sujetos de menos valer y los que por su poco talento estorbaban en Portugal. Quiso el P. Torres dar á entender á todos, que el trabajo de las misiones extranjeras es principalísimo en la Compañía, y por eso destinó á las Indias y al Brasil algunos hombres sobresalientes, entre ellos al rector del colegio de Lisboa, P. Urbano Fernández, y al que lo había sido de Coimbra, P. Luis de Grana (3).

18. El proceder del P. Torres en la visita recibió plena confirmación de San Ignacio en una carta gravísima que por entonces escribió el santo al P. Mirón, y que sirvió como de golpe decisivo para asentar todas las cosas en la visita. Copiamos de ella los párrafos más importantes, pues el texto completo lo tiene el lector en las *Cartas de San Ignacio*, t. III, p. 154: «Por la información que tengo del Dr. Torres (4), dice el santo, á quien envié en mi lugar á visitaros en el Señor nuestro en ese reino, he entendido que hay falta notable

solo, a cui quella che il Savio chiama Scienza e Prudenza de' Santi avea insegnato a giudicar de gli affari del divino servizio con altri miglior principj di quel che sieno gli adoperati dal volgo, ne stava con timore, che poscia, avvenuto quello appunto di che temeva, gli si voltò in dolore, e in non poco e non lieve travaglio, al dover quasi *rifondar da capo* lo spirito di quella stessa Provincia, non riuscito stabile al mantenersi, perché fondato sul molle d'una troppo continuata prosperità.» *Degli uomini e de' fatti della Comp. di Gesù*, l. IV, c. XXVI.

(1) Polanco, t. II, p. 711.

(2) *Ibid.*, p. 710.

(3) Polanco, *Historia S. J.*, t. III, p. 391.

(4) Debe referirse á la carta que escribió Torres en su primera visita, por Agosto de 1552, (carta que se ha perdido), pues aun no había tiempo para que recibiese Ignacio noticias de esta segunda que se estaba haciendo.

entre algunos, y no pocos, de los Nuestros en aquella virtud que más necesaria es y más esencial que ninguna otra en esta Compañía, y donde más encarecidamente en las bulas de nuestro instituto, por el Vicario de Cristo nuestro Señor se nos encomienda que procuremos señalarnos, que es el respeto, reverencia y obediencia perfecta á los superiores que tienen lugar de Cristo nuestro Señor, antes á su Divina Majestad en ellos. Y podéis pensar de lo que tenéis entendido, que yo debo y suelo desear esta virtud en mis Hermanos, cuánto contentamiento habré habido de entender que hay entre ellos quien sin acatamiento dice á su superior: «No me habíades de mandar esto, »ó no es bien que yo haga estotro.» Y quien no quiere haçer lo que le es mandado, y quien en señales y obras muestra tan poca reverencia en su mismo exterior (como me avisan) á quien debe reverenciar como á lugarteniente de Cristo nuestro Señor, y como á tal humillarse en todo ante su Divina Majestad. Esta cosa me parece habrá ido tan adelante por culpa de alguno á quien tocaba remediar, y no lo ha hecho. Dios nuestro Señor le perdone. ¡Cuánto fuera mejor apartar del cuerpo de la Compañía algún miembro estragado y asegurar los sanos, que dejar inficionar con tan grave mal á otros muchos con el ejemplo y conversación de ellos!....

»Yo os mando á vos, en virtud de santa obediencia, que me hagáis observar esto acerca de ella, que si alguno hubiese que no quiere obedecer, no digo á vos solamente, sino á cualquiera de los prepósitos ó rectores locales que allá hay, que hagáis de dos cosas una, ó que le despedáis de la Compañía, ó le enviéis acá á Roma, si os pareciere tal sujeto, que con tal mutación se haya de ayudar para ser verdadero siervo de Cristo nuestro Señor. Y de esto dad parte, si es menester, á sus Altezas, que no dudo sino que serán contentos, según el espíritu y santa voluntad de que les ha dotado Dios nuestro Señor.... La obediencia que os envió para despedir y enviar acá los que desobedecieren, haréis publicar en los colegios y casas de la Compañía en toda vuestra provincia, y haced que el rey sea de esto avisado.»

Esto escribía San Ignacio el 18 de Diciembre de 1552. Recibióse esta carta en Coimbra el 8 de Marzo del siguiente año, y fué grandísimo el consuelo que con ella recibieron el Padre visitador y todos los buenos hijos de la Compañía. «Fuimos muy consolados, escribe Torres á San Ignacio, en conocer que nuestro Señor nos había hecho merced de haber acertado acá á haçer lo que se ha hecho, á lo menos en lo sustancial, conforme á la mente y parecer de V. P.... En

breve pienso, con el favor del Señor, que de todo en todo lo purificará de algunas reliquias que han quedado no tales, y para esto mucho nos ayuda; *imo*, es el todo la carta que V. P. escribió á Mirón sobre el despedir los desobedientes ó enviarle los capaces de corrección» (1).

Como complemento de la carta dirigida á Mirón, y para perfecta enseñanza, no sólo de la provincia de Portugal, sino de toda la Compañía, escribió San Ignacio en el mes de Marzo de 1553 la carta que llamamos de la *obediencia*, la más admirable de cuantas salieron de la pluma de nuestro santo Padre. En el cap. II analizamos esta carta. Por ahora, bástenos recordar que fué enderezada á los Padres y Hermanos de Portugal, con ocasión de las tribulaciones que vamos exponiendo. Al mismo tiempo, deseando San Ignacio conocer de lleno todos los acontecimientos de Portugal, llamó á Roma al P. Luis González de Cámara. Púsose éste en camino, y llegó á la ciudad eterna el 23 de Mayo (2).

Á principios de este año de 1553 iba terminando el P. Torres su obra restauradora, y la provincia de Portugal quedaba casi limpia y tranquila, cuando de pronto una súbita complicación vino á enredar el negocio y á poner en peligro de perderse todo el bien que se estaba haciendo.

(1) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 156.

(2) Polanco, *Historia S. J.*, t. III, p. 14.